

The book cover features a color illustration of a man and a woman in a dramatic scene. The man, on the left, is dressed in a dark suit with a white shirt and a white scarf. He has a mustache and is looking down at the woman's hand. The woman, on the right, is wearing a light-colored, possibly white, dress with a V-neckline. She is looking up at the man with a slight smile. In the background, there is a wooden chair and a table with a glass and some food. The overall style is reminiscent of mid-20th-century pulp magazine covers.

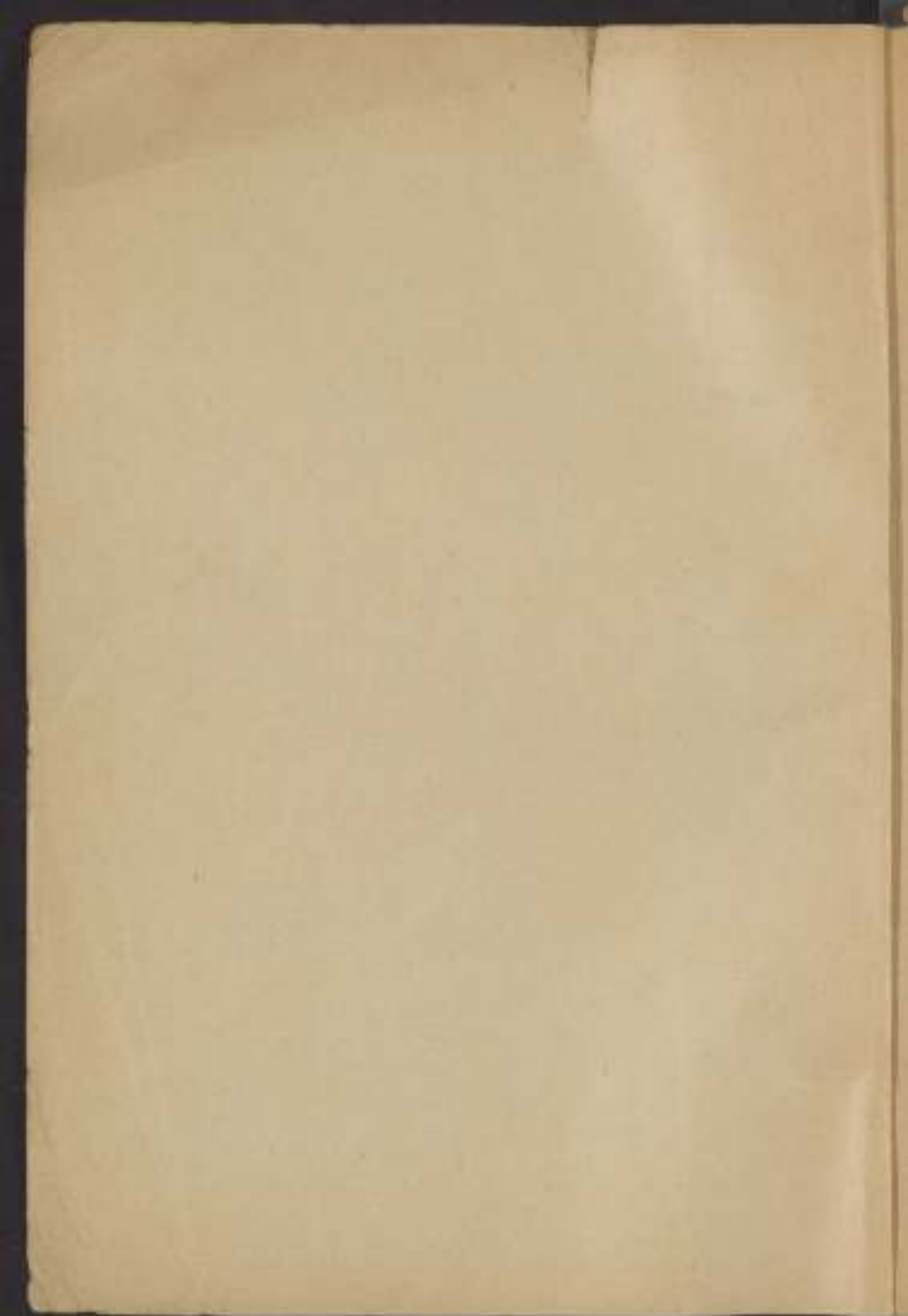
EDICIONES

IDEALES

50  
CS

MEDEA DE NOVARA  
ERNESTO VILCHES  
RAMON PEREDA

# LA NOCHE DEL PECADO



EDICIONES IDEALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

(Publicación semanal  
de argumentos selectos)

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Paseo de la Paz, 18 bis Ediciones BISTAGNE BARCELONA

Año I

Número 17

# LA NOCHE DEL PECADO

Dramático asunto, en español, interpretado por ERNESTO  
VILCHES, RAMÓN PEREDA, MEDEA DE NOVARA,  
EMMA ROLDÁN, etc.

Es un film de la prestigiosa marca  
**C O L U M B I A**



Distribuido por  
**C I F E S A**

Mar. 60. — VALENCIA

Delegado para Cataluña, Aragón y Baleares

**Pedro Balart**

Aragón 261, ent.º, 2.º. — BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA  
REPRODUCCION

DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de  
Librería, Diarios, Revistas y  
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Bernadé, 36  
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 135 - Teléfono 76507

# La noche del pecado

---

## *Argumento de la película*

---

Sally y Alberto eran un matrimonio feliz. En buena posición, jóvenes, amándose de veras, vivían una continua luna de miel. Era Alberto uno de los directores de una importante casa industrial, donde se le apreciaba por su integridad y su cultura.

En aquellos últimos tiempos, los negocios habían ido mal, hasta pesar por momentos de verdadero peligro. Tan grave había llegado a ser últimamente la situación, que sólo el refuerzo de capital ajeno podía salvar a la entidad de la ruina. Todo se confiaba en la persona de Rafael Olivares, multimillonario, que iba en visita de negocios a la ciudad y al que era preciso convencer para que diese una aportación económica.

El director general había llamado a Alberto y le había dicho:

—Usted y nadie más que usted puede llevar a término esta obra urgente. Tiene usted gran amistad con Olivares y ha de aprovechar su estancia para decidirla.

—Difícil me parece, porque Olivares viene con su esposa en simple viaje de placer.

—¿Y hay mejor placer que el hacer un buen negocio? La



firme amistad de usted con Olivares, ha de valer algo. Usted conoce también a la señora, ¿no?

—Mucho.

—Pues que ella sea mediadora. Si la mujer quiere, querrá él.

—Haré todo lo posible.

Aquel día era señalado para la llegada del matrimonio, y Alberin no podía ocultar una cierta preocupación. ¿Fracasaría en su propósito? ¿Conseguiría arrancar aquel dinero, que era oxígeno indispensable para el funcionamiento normal de la sociedad? Todas aquellas ideas le hacían permanecer silencioso a la hora del desayuno.

Tuvo que hacérselo observar su mujer con cierto temor:

—¿Te ocurre algo, Alberto?

—No, nada...

—Te noto pesaroso...

—Los negocios no van muy bien. Me han encargado una misión difícil cerca de mi amigo Olivares... y temo un fracaso.

—Tú no fracases nunca.

—Se trata de mucho dinero, y no se encuentra así como así.

—No te preocupes, que, como siempre, lograrás lo que te propones.

—Bonito augurio, mi bien.

Llegó en aquellos momentos Julio, un íntimo amigo de la casa, alma bohemía, hombre desorientado desde que llevaba en el corazón un verdadero drama, persona de no mucho dinero y excelentes sentimientos que, para olvidar, procuraba vivir siempre medio aturdido por el alcohol.

Saludó cariñosamente al matrimonio, con el que departió un rato, hablando de hechos triviales de su vida.

—Pero ¿no trabaja usted, Julio?—le dijo Sally.

—No sé en qué...—contestó con incoherencia—. No sé si poner un banco o dedicarme a corredor de seguros. Una y otra cosa me temo que me sean perjudiciales.

—Debes animarte y trabajar de firme... Se resiente tu salud de tantas libaciones—le advirtió su amigo.

Tuvo un gesto de amargor.

—Hubiera querido acabar hace tiempo.

—Desecha ideas lúgubres y toma este refresco, que te sentará bien.

—¡Gracias, Alberto, y gracias a usted, Sally! ¡Os aprecio tan-

tal. Una verdadera amistad es una de las cosas más excelentes de la vida.

Después, los dos amigos fueron al despacho de Alberto, dando Julio vió con emoción una botella de licor sobre la mesa.

—Pero ¿qué marca es ésta?

—Una nueva... no conocida aquí.

—Quisiera probarlo.

—Es una muestra para los clientes. No puedo dártela. Otro día que tenga más, podrás catarlo.

—Tiene aspecto de ser un vino de los que a mí me gustan.

—A ti te gustan todos.

—El vino no traiciona.

—¿Que no? Y hasta mata.

—No es tan mortífero como las mujeres.

—No todas las mujeres, Julio...

—Vamos, no pienses en ello.

—No me lo quito de la cabeza... Destruir mi hogar, alejarse de mí, burlarse de aquel modo...

—¡Pobre amigo! No debes acordarte más. Cuando una mujer nos traiciona, no hay que pensar en ella ni siquiera un minuto. Por fortuna, la vida es bastante pródiga para darnos adecuadas sustituciones.

—¡No pensar en ella! ¡Si pudiera!

—Has de poder... Quien quiere, puede.

—Cuando se ama, no. Y yo la amaba... y no la olvidaré nunca.

Y por los ojos de aquel hombre, donde siempre parecía flotar como una llama alcohólica, pasó una luz triste y de inmenso dolor.

Tuvo Alberto que salir unos instantes y, al ver a Julio solo con la tentadora botella, tuvo un momento de inspiración.

Cogió el frasco y se lo guardó rápidamente en el bolsillo. Después, sobre un block de notas, escribió la siguiente frase: *Un cliente agradecido.*

Y marchó lejos, de puntillas, con aquel trofeo, que significaría unas horas de olvido más.

\* \* \*

Habían telefonado a Alberto de parte del señor Olivares, para que fuese a visitarlo.

Alberto se vistió apresuradamente y, al cambiar los documentos de traje, dejó caer involuntariamente un retrato de mujer que llevaba en la cartera.

Después volvió al comedor y, despidiéndose de su esposa con la ternura acostumbrada, marchó en automóvil para su vida de negocios.

Había anunciado que no volvería hasta el anochecer, pues seguramente las gestiones en Olivares le llevarían ocupado todo el día.

Su esposa se disponía a aprovechar la tarde, pasándola en casa de una buena amiga suya, mujer de la alta sociedad.

Fue a su cuarto a arreglarse y ¡cuál no sería su sorpresa al ver junto a la alfombra de la cama un retrato femenino!

Lo cogió con las manos temblorosas y contempló la fotografía de una bellísima mujer morena, y en cuyo pie había esta dedicatoria:

*Al más bueno de los hombres, la más feliz de las mujeres.*

Sintió como si se le paralizase el corazón. La idea de que su marido pudiera engañarla, la abrumó, haciéndola desplomarse casi sin movimiento sobre la cama.

¡Aquel retrato, aquella dedicatoria de amor!... ¿Estaba so-



ñando? ¿Era posible que Alberto, tan atento, tan amoroso, tan cordial, tuviera una amiga? Pero, no sabía. Tenía la fotografía entre las manos, el retrato delator y la dedicatoria comprometedora.

En un momento pareció cambiar el curso de la vida. Hechos insignificantes, a los que no había dado importancia hasta entonces, la adquirieron de pronto, con un relieve profundamente marcado. Las preocupaciones de Alberto, sus idas y venidas, las ausencias de su casa, todo ello lo unió, con la facilidad con que salta la imaginación, a la supuesta infidelidad, y se echó a llorar amargamente, creyéndose engañada.

Así permaneció largo rato, hasta que, levantándose y dejando caer inconscientemente el retrato, se dirigió a otra salita, donde habló con la doncella, una mujer de confianza, algo entrada en años y sobre todo en fealdad.

Procurando disimular su turbación, la interrogó:

—Dígame, ¿el señorito recibe cartas particulares?

—Creo que no... Algunas de sus amigos.

—¿Y de mujeres? ¿Ha reconocido usted alguna vez, al dejar los sobres en su despacho, alguna letra femenina?

—¡Oh, no, señorita! Está usted segura de que no. El señorito Alberto le es completamente fiel. Estoy convencida de ello.

—¿Por qué ese convencimiento?

—Figúrese que ni siquiera se ha fijado en mí.

—¡Pues no hubiese faltado más!

Pero las palabras de la doncella no habían calmado su intranquilidad creciente, que la soledad exacerbaba en términos abrumadores.

Después del almuerzo se dirigió a casa de su amiga, a quien expuso veladamente sus temores.

—No bagas caso... Todo deben ser suposiciones tuyas... Alberto es incapaz de engañarte. Lo conozco y está enamorado de ti como el primer día.

—Si me engañase...

—A veces, creemos que es engaño lo que no encierra una segunda intención... Debemos hacernos cargo de las cosas, taxonar...

—Pero ¿y si tuviera la seguridad?

—¡Oh, entonces sería otra cosa! Claro está que no iba a consentirlo. Pero ya te digo, Sally, que deseches todos esos temores... Alberto te es fiel. Lo que ocurre es que estás en exceso mimada.

—Quizá sí.

—Y el día en que Alberto, por cuestión de negocios, se encuentra de mal humor y no te trata con aquel cariño a que te tienes acostumbrada, ya lo atribuyes a frialdad, a desamor.

Sally simuló tranquilizarse, no queriendo dar a su amiga el espectáculo de haber sido engañada y no hablándole para nada del origen de sus sospechas: el retrato delator.

—Lo que debes hacer, Sally, es venirte conmigo a tomar el té.

—Ya sabes que no acostumbro salir...

—Te aburrirás tan sola, y por eso te vienen tan malos pensamientos. No seas tonta y vamos a una fiesta en el Salón Imperial.

Accedió su amiguita y se dirigieron a aquel lugar donde sonaba una dulce música y bailaban algunas parejas.

A una mesa cercana estaba sentado un tal Paul, elegante muchacho que frecuentaba la vida de sociedad, pero que no era más que tibur elegante, dueño de un garito donde se desplumaba a los incautos. Hombre cruel, cínico, gustaba de cambiar de amantes y no les daba mayor importancia que a las fichas de juego.

El día anterior había sostenido una violenta discusión con el jefe de una banda rival, por una cuestión de juego. Llegaron a las manos y Paul abofeteó brutalmente a su contrario, quien se alejó mascullando terribles amenazas:

—Me las pagarás... antes de lo que tú creas!

—No me dan miedo tus bravatas... y las rechazo.

—Vete con cuidado.

Pero no volvió a acordarse del asunto.

Había ido al salón de té, en compañía de una de sus conquistas, cierta dama oficial, muy celosa... y que sólo le distraía superficialmente.

Mas cuando vió a Sally, sintió repentinamente el embrujo hechizador que le causaba aquella belleza morena.

La orquesta tocaba unas alegres notas de jazz. Un caballero invitó a bailar a la amiga de Sally, y Paul, alejándose de la señora oficial, se acercó a Sally para pedirle un baile, pero ella, que se sentía de profundo mal humor, se excusó de aceptar.

—¿No sabe usted bailar?

—Estoy algo indispuesta.

—Con el baile se pondría bien...

—No. Me encuentro un poco enferma... Cuando vuelva mi amiga, me marcharé.

—Lo siento de veras. ¿Volverá?

—Quizá algún día...

—¡Me ha dejado usted tan impresionado! ¡Es usted tan seductor y fragante!...

Sonrió ella tristemente, no haciéndole mella alguna las palabras arrebataadoras del mozo, preocupada con la idea de que su marido pudiera estar engañándola.

Cuando la amiga volvió, Sally quiso marcharse, y lo hizo, a pesar de los ruegos de su compañera.

Volvió Paul al lado de la dama otoñal, que le había lanzado terribles miradas al verle en conversación con la otra.

Sally, muy melancólica, abrumada bajo el peso de sentimientos vivos y de dolorosos pensamientos, marchó a su casa con una idea única fija en su corazón... el temor de que Alberto la traicionase...

\* \* \*

Alberto regresó a su casa al atardecer.

—¿No está la señora?

—Fué a casa de su amiga.

—¿No dijo a qué hora volvería?

—No, señor.

Después llamó a casa de la madre de Sally. Habían quedado precisamente aquella noche en ir él y su esposa a cenar con mamá, pero se veía imposibilitado de ello. Había estado hablando con Olivares, quien le acababa de invitar a cenar. Y como él deseaba que se realizase aquel negocio y se firmase el contrato que había de dar a la sociedad tan positivas ventajas, no podía de ninguna manera dejar de asistir a aquel compromiso.

—Oye, mamá... Irá Sally únicamente. Yo tengo que ir al Royal a cenar con unos amigos.

—¡Qué lástima!

—Un asunto de negocios inaplazable. Puede depender de él el porvenir de mi industria.

—Me hago cargo. Ya vendrás otro día.

—¡Adiós, mamá!

Dirigióse luego a vestirse de frac. Entonces vió en el suelo el retrato de la dama, que antes se le había caído de la cartera.

Lo contempló unos momentos con atención, y luego, sonriente, se lo guardó en la cartera.

A las ocho en punto vinieron a buscarle en coche, y Alberto marchó, después de advertir a la doncella dijese a la señorita que no podía quedarse.

Cuando, al anocheecer, regresó Sally, supo por labios de la sirvienta que su marido acababa de salir.

—¿Y adónde fue?

—He oído que decía a la mamá de usted que iba al Royal.

Los celos hirieron intensamente a la esposa.

—¿Vinieron a buscarle?

—Sí.

—¿Quién?

—No sé.

—¿Había en el coche alguna mujer?

—Me pareció ver un caballero y también una mujer.

Guardó la dama unos momentos de silencio. Dentro de su alma se alzaban poderosas montañas de celos. Con la rapidez de la imaginación, pensó en casos ya concretos de infidelidad y estuvo convencida de que tenía una rival.

Dudó en si ir a casa de su madre o marchar al Royal, que era un cabaret de moda y de lujo donde ella no había estado nunca. La idea de sorprender a su esposo con una amante, la sobrecogió, le hizo un daño terrible, pero saboreó de antemano ese morboso dolor.

No vaciló en lo más mínimo; iría donde preciso fuera para aclarar las sospechas, la terrible verdad.

—¡Dame mi traje de noche!—dijo a la doncella.

—¿Va a salir la señorita?

—¿Te importa a ti algo? ¡Pronto, mi mejor vestido!

Y se vistió con rapidez, el alma dominada por la misma idea persistente, martillo que pegaba contra su corazón con insaudita violencia y le hacía sufrir mucho...

El señor Olivares había celebrado antes de la cena, en la habitación del hotel, una conferencia con Alberia, quien le hizo una exposición detallada del negocio y del cariz favorable que éste debía presentar en lo sucesivo, si se aportaba capital para su desarrollo.

—Los tiempos son malos, amigo Alberto. No creo que sea conveniente arriesgarme más.

—Si no fuera una cosa segura, no se la propondría a usted. Usted me conoce bien. Sabe en cuánto le aprecio y estimo la amistad de usted y la de su esposa, y de ninguna manera habría de meterle en un sitio donde pudiera sufrir malas consecuencias.



—Eso ya lo sé, Alberto. Es usted un excelente amigo.

—Hace muchos años que nos conocemos. ¿Recuerda usted?

Y con la alegría de evocar un mismo pasado que fué feliz, hablaron de otros días, cuando Rafael era todavía soltero, pero ya comenzaba a enamorarse a la que actualmente era su mujer.

—Usted era también amigo de la familia de mi esposa, y habló a ella muy bien de mí... Yo se lo agradezco mucho.

—Pero mi negocio no es cuestión de agradecimiento, sino de provecho y de oportunidad. ¿No le parece?

—¿Por qué no?

Apareció Margarita, la esposa de Olivares, muy elegante, muy guapa, muy llena de distinción en todo su porte.

—¿No nos vamos todavía?

—Estamos, querida, a tu disposición.

—Pues, cuando queráis.

Y partieron hacia el Royal, el mejor cabaret de la ciudad, sitio de lujo donde las músicas tinieblas hacían sonar continuamente sus instrumentos, en una apoteosis de ruido y de vibración.

La comida era excelente, la presentación fastuosa. Alberto, dándose cuenta de lo que significaba para él aquel negocio, procuró hablar de nuevo de él, con el deseo de que Olivares no se levantara de la mesa sin firmar el suspirado contrato.

Rafael sonrió.

—No, Alberto, no... En las comidas no me gusta hablar de negocios.

—No se trata ahora de hablar, sino de firmar... Creo que lo tiene usted bastante estudiado.

—Sí; pero ya hablaremos otro día.

—Yo que creí que esta noche... Vamos, Margarita, ¿no me ayudará usted a convencerle? Usted conoce tan bien como él la índole del asunto... Es tan conveniente para él como para mí.

Margarita sonrió y sus grandes ojos negros se clavaron soñadores en su marido.

—¿Por qué no firmas?

—Más tarde... Ya veremos luego. Por el momento, déjame cenar en paz y oír la música. Es deliciosa, ¿no?

—Encantadora...

Algunas parejas interrumpían la cena para bailar en la pista, iluminada interiormente. Parecían bailar sobre un lago de luz amarilla. El ritmo musical era lento y hacía soñar en una vida exenta

de complicaciones. Los ojos tenían un brillo oscuro, en las bocas una respiración anhelante...

Margarita murmuró, paseando dulce y tristemente sobre los bailarines su mirada:

—¡Lástima que no sepas bailar!

—Nunca fui aficionado, y lo lamento. Pero, si quieres bailar, ¿por qué no bailas con Alberto?

Éste se inclinó ceremonioso:

—Sería para mí una verdadera satisfacción... ¿Quiere, señora?

—Con mucho gusto.

Y la pareja se levantó y en silencio bordó sobre el cañamazo de la pista la filigrana de un vals.

Apenas bailaron durante el baile. Sólo él le susurró al oído:

—¿Me ayudará a que firme?

—Está ya convencido en su favor, pero lo haré.

Le apretó la mano con honda gratitud y siguieron la danza...

A otra de las mesas estaba sentado Julio, en compañía de una artista que era su compañera por unas horas.

Julio bebía copa tras copa y tenía la imaginación bajo esa pequeña bruma del alcoholizado habitual... Era la única manera en que vivía para olvidar los terribles recuerdos de su existencia... Para él, nada tenía ya interés, después del abandono de la esposa. Y gastaba los últimos restos de su fortuna en consumir vino que, a la vez, iba consumiendo su vida y limando y destruyendo su juventud.

Su compañera de mesa, mujer de baja enjundia moral, se entretenía en flirtear con un viejo sátiro, antiguo fabricante enriquecido que, con la brutalidad del hombre acostumbrado a los negocios expeditivos, mostrábase desde su mesa un buen fajo de billetes.

Ella rió y sus ojos brillaron de codicia. Cierta que tenía comprometida la noche con Julio, pero éste no podría proporcionarle nunca lo que aquel comerciante le ofrecía. Y continuó un mudo diálogo con él, ensañándole disimuladamente a Julio como el estorbo para una noche de intimidad.

Julio no se enteraba de nada, fijos los ojos, ya en el vino que iba consumiendo, ya en las parejas que bailaban en la pista.

De pronto descubrió allí a su íntimo amigo Alberto, que bailaba muy entusiasmado al parecer.

Sonrió y cuando él le miró también, le hizo una seña picaresca. ¡Vaya con el amigo! ¡Se divertía de veras! Pero ¿dónde estaba su esposa? ¿El, tan enamorado de Sally, bailando por primera vez

con otra mujer? ¡Ah, sería, sin duda, algún compromiso social inevitable, porque Alberto era de la pasta de los leales!

—¡Si él tuviera un corazón alegre y optimista como el de Alberto!

Pero la traición le había amargado, abriendo en su vida verdaderos abismos de dolor, y ahora derrochaba sus caudales con un misterioso convencimiento de que, una vez acabados, iba a terminar también su vida. Ya todo era para él superficial y ligero, ya en nada fijaba del todo su atención, y estaba ausente como de sí mismo.

Cuando la pareja que había atraído su atención cesó de bailar y se reintegró a su puesto, Julio se levantó y dirigióse, con la semi-embriaguez de que siempre estaba poseído, hacia el lugar que ocupaban Alberto y el matrimonio Olivares.

—¿Me perdonan un momento los señores?—dijo—. Desearía hablar un instante con mi amigo Alberto.

—¡Pues no faltaba más!

Alberto se excusó ante el matrimonio y avanzó sonriente al encuentro de su amigo, al que siempre había profesado verdadera afectión.

—¿Qué ocurre, Julio?

—Venía a disculparme.

—¿Disculparte de qué?

—De haberme llevado la botella que destinabas al cliente. Pero la tentación fué más fuerte que mi voluntad y caí en ella.

—No tienes que hablar de ello.

—Ya que no puedo devolverte la botella... te devuelvo ésta, que es su nietecita.

Y, riendo, puso en sus manos un botellín de muestra de un licor.

—Te la regala. Es para ti.

—No, gracias... Y vas a perdonarme. Tengo mucho que hacer.

—¿Cosas de negocios?

—Lo adivinaste.

—Que tengas buena suerte.

Se despidieron y Julio volvió a su mesa, que se encontró ocupada, además de su amiga, por el comerciante único que había estado en silencio haciendo proposiciones a la mozoela.

Ella, despreocupada, sin perder la serenidad, presentó a los dos hombres.

Julio sonrió levemente, con la indiferencia del ser a quien ya

no preocupan las más extrañas y desconcertantes actitudes humanas y sentóse, espiritualmente alejado de allí, mientras la moza y el comerciante dialogaban en voz baja...

...

Sally entró con cierto miedo en el Royal. Jamás había visitado aquellos lugares sola... Y al penetrar en el umbral, le pareció que todas las miradas se fijaban en ella y que le envolvía como una ola de luz.

Mas duró poco tiempo esta sensación, y tuvo que transformarla en otra de evidente desagrado, al ver acercársele a un joven elegantemente vestido y con un rictus de desvergonzada sonrisa.

Era Paul, el aventurero, que acababa de ver llegar, de manera tan imprevista, a aquella dama, que por lo mismo que durante la tarde, en el Imperial, le había tratado con marcada frialdad, había herido de manera vigorosa su amor propio.

Cogió su mano y la besó con un beso largo, dilatado, que pasaba de los límites de la cortesía.

Sally se sintió turbada; notó como un extraño rubor que le iba por el rostro.

—Pero ¿usted aquí, bella señora? ¡Y no me dijo nada!

—No sabía que tenía que venir...



—¿Supongo que me hará el honor de acompañarme a mi mesa?

—¡Oh, no! Gracias...

—¿Querrá usted estar sola?

—Me marcho ya...

—Pero si acaba de entrar...

Murmuró, nerviosa, una excusa:

—Creí encontrar a una amiga... y no ha venido. ¡Adiós!

—¡Oh, usted no puede marcharse así, sin permanecer aquí un rato, sin acompañarme a beber un poco!

—No bebo.

—Sin bailar...

—No bailo.

—Pero conversará usted... y esto me basta. Le prometo que no me la quitó de la cabeza desde que la conocí.

Ella estaba nerviosa; sus ojos iban hacia todas las mesas, pero estaba tan inquieta, tan intranquila, que no distinguía las facciones de la gente y miraba sin ver...

—Vamos, venga usted...

Materialmente la arrastró por un brazo y se la llevó a una mesa, donde se sentó como un autómatas, sin voluntad, herida el alma por el recuerdo de los celos.

El le brindó un cigarrillo, que Sally no aceptó.

Mas poco a poco fué calmándose más y más el alma de aquella criatura.

Pasó revista lenta, minuciosa, por sobre todos los comensales, y vió de pronto a su marido, que bailaba en la pista.

Nuevamente Alberto bailaba con la señora de don Rafael Olivares y hablaba quedamente con ella, con una exquisita corrección que Sally atribuyó a amor y a deslealtad para con la esposa.

¡Cómo sufrió la pobre criatura! Estaba pálida, una blancura de marfil la envolvía, dentro de la cual los ojos parecían más enormes y sombríos.

Apenas oía las palabras de Paul, encendidas por un violento fuego de pasión, y ni siquiera se fijaba en los besos que daba en su mano el aventurero.

Julín había descubierto poco antes la presencia de Sally, y había visto cómo Paul, aventurero que él conocía y sabía que era capaz de todas las medios para obtener lo que deseaba, se había acercado a ella.

¿Cómo era posible que aquella mujer, tan buena, tan leal, tan esposa de su casa, tan reina del hogar que hace de él un nido de





—¿Te ocurre algo, Alberto?



...un íntimo amigo de la casa...



—Es una muestra para los clientes...



—Alberto es incapaz de engañarte...



—¿Por qué no firmas?



—Déjeme salir, se lo ruego...



—¿Cree que la he hecho salir para que se vaya tan aprisa?



—Tengo plena confianza en ti.

amores puros y honestos, cómo era posible que estuviese sola en el cabaret? Siguió el trazo de la mirada de ella y descubrió que iba a terminar en la pareja de baile formada por Alberto y la señora...

¡Ah, creyó comprenderlo todo! Había, sin duda, celos, los horribles celos, capaces de destruirlo todo a su avasalladora influencia. ¡Y acaso aquel Paul, aquel malvado, quisiera aprovecharse de ese estado de desfallecimiento y de inconsciencia que experimenta toda mujer cuando cree que es engañada!

Julio se consideraba a sí mismo como un pelele, como un muñeco, al que faltaba el amor, sostén de la verdadera vida. Pero aquella pasividad para las cosas propias, no rimaba con el interés que le inspiraban sus amigos.

Era preciso acercarse, a ver si conseguía averiguar, sin ser visto, algo de lo que proponía Paul a la mujercita.

Se levantó, y con un gesto de noble dignidad, dijo al comerciante, que temblaba febril junto a la mozueta:

—Puedo usted quedarse con ella... Es un regalo viejo que ya no me interesa a mí, señor fabricante...

Y sin esperar respuesta alguna, se levantó para ir a instalarse cerca de un cortinaje, desde donde podía seguir la conversación de Sally y Paul.

Pero antes de llegar se detuvo, al oír que en otra mesa se decían cosas interesantes respecto del aventurero.

Aguzó más y más la atención, y vió que quienes hablaban eran unas mujeres, en compañía de dos hombres, gentes todas que a través de sus vestidos de etiqueta expellían un hálito de indudable ordinario.

Una de las mujeres, joven y ruda, señalaba a Paul y decía:

—Paul está coqueteando en mis propias barbas... Y aun no hace pocas horas me juraba amarme siempre. ¡El canalla! ¡Le voy a matar! Voy a acabar con su vida.

—No te preocupes—dijo otro individuo, que era el jefe de la banda contraria a la de Paul—. No vivirá mucho tiempo.

—¿Tú qué sabes!

—Está condenado, amiguita... Quien la hace la paga... y ese hombre me abofeteó y no tardará mucho tiempo sin que mis emisarios venguen la partida. Quizá esta misma noche.

El semblante de la mujerzuela adquirió una expresión trágica.

—Mátale sin compasión.

—No conozco eso último.



—Hazlo... Si no cae bajo tus balas, caerá bajo las mías.

—Calma, que las mujeres sólo enredan las cosas... Yo tengo mayor serenidad y lo cazaré mejor...

Julio no quiso saber más, al ver que Paul y Sally se levantaban. Encaminóse hacia ellos, permaneciendo entre sombras, pero sin perder tampoco palabra.

—Debo marcharme ya —decía Sally nerviosa—. Yo no aguanto más esto.

—¿No se encuentra bien aquí?

—No... Y es muy tarde. Tengo que regresar a casa.

—Permítame que la acompañe...

—Gracias...

—De ninguna manera. No quiero que se marche usted sola.

Tuvo que acceder a tales súplicas, y Paul sonrió con una sonrisa demoníaca, que pasó inadvertida para la dama, pero que Julio reconoció como algo que simbolizaba un triunfo material.

Desaparecieron los dos, y Julio, después de un momento de vacilación, salió a la calle...

Y a poco lo hacían también los elementos de la banda enemiga de Paul, que parecían dispuestos a llevar a cabo, aquella misma noche, su venganza.

\*\*\*

El coche en que Paul la había acompañado se detuvo, y cuando Sally bajó y creyó encontrarse ante la puerta de su casa, observó, sorprendida, que se hallaba ante un edificio desconocido.

—¡Pero ésta no es mi casa!—protestó—. ¿Dónde me llevó usted?

—Perdón—dijo Paul ceremonioso y mirando palpitante de pasión a la compañera—. Es la mía y la invito a que descanse un rato.

—¡Oh, no, no! ¿Por qué hizo usted esto?

—Por la alegría de volverla a tener más rata.

—¡Déjeme marchar!

—No sin que antes visite mi mansión.

La calle estaba desierta y ella ignoraba en realidad el sitio donde se encontraba. Temerosa, no tuvo otro remedio que acceder a subir con aquel hombre, al que comenzaba a temer, pareciéndole que su sonrisa tenía algo de siniestra y perturbadora.

Pero al propio tiempo, ella estaba también como alejada de sí; en el alma el recuerdo de Alberto, el dolor de verle una y otra vez en el baile, en brazos de una mujer... que no era ella. Esta idea la hacía temblar y llorar y olvidarse de sí misma.

—Vamos, suba usted. Le prometo dejarla marchar en seguida.

Atemorizada y sin darse cuenta de lo que realmente ocurría, Sally avanzó.

La mujer comenzó a temblar, al ver el movimiento de gente que había en los corredores.

¿Qué era aquella casa? ¿Dónde se había metido? ¿Por qué realizaba las cosas a ciegas, bajo el tormento cegador de los celos?

Pasaron por otro corredor y un hombre en plan de guardián corrió a saludar a Paul.

—¿Hay novedad?—preguntó éste.

—Ninguna, señor.

—¿Mucha gente?

—Como nunca.

—Está bien. Que nadie nos moleste.

Los jóvenes pasaron a una amplia habitación, cuya puerta cerró él con llave.

—¿Por qué hace usted eso?

—Así estaremos más tranquilos y nadie nos molestará.

—Déjeme salir, se lo ruego. No me encuentro bien.

—Tome usted una copa de vino, y verá cómo eso la retorna.

Llenó él dos copas y bebióse una por entero, mientras que Sally apenas probó un sorbo.

El brutal Paul contemplaba a aquella mujer con los ojos electrizados por las más ruines pasiones. ¡Ah, le interesaba aquella criatura, al parecer una gran dama, aventura única y de piedra blanca que añadir a su vida de tenorio!

Se acercó mucho a Sally, envolviéndola con el hábito del alcohol.

Sus brazos pretendieron ceñir aquel cuerpo grácil, que sólo conocía las caricias honradas del esposo.

Ella tembló, dándose cuenta de la gravedad de las hechas.

—¡No me toque, no me toque! ¡Déjeme salir inmediatamente!

—Es usted una inocente. ¿Cree que la he hecho subir para que se vaya tan aprisa?

—¿Qué se propone?

—Me gusta usted. Eso es todo...

—¡Es usted un canalla!

—Lo seré, pero usted es una mujer... y me gusta.

Y, tapando su boca para que no consiguiera gritar, logró dominarla implacablemente entre sus brazos, y a pesar de la energía poderosa de aquella criatura, que se sentía enferma ante tan horribles emociones, la hizo suya, mancilló el cuerpo que debía ser sagrado para él...

\* \* \*

Ajeno a la terrible escena que se estaba desarrollando en el garito de Paul, donde en otras salas el juego adquiría vuelos de gran casino internacional, Alberto se encontraba todavía en el cabaret con el matrimonio Olivares.

De nuevo había insistido el comerciante para que firmase aquel contrato, ponderando otra vez las ventajas únicas que podía proporcionarle.

Olivares sonrió.

—Usted me vence, Alberto... ¿Qué te parece, Margarita? ¿Cuál es tu opinión?

Ella sonrió y envolvió a Alberto en dulce mirada.

—Mi opinión es favorable a él... Creo que con el negocio saldría ganando los dos.

—Entonces, firmo.

—¡Gracias, Olivares!

Y allí mismo estampó la firma en el contrato.

Sonreía alegremente Alberto, pensando en que la situación estaba salvada, en que la casa comenzaría de nuevo una ruta próspera, hacia la abundancia.

Guardóse el documento en el bolsillo y, sacando de pronto el retrato que había causado los terribles celos de Sally, el retrato que no era otro que el de Margarita, dijo:

—Tengo que excusarme ante usted, don Rafael... El artista Berger está fuera y no he podido hablar con él para hacer la ampliación que usted desea de la fotografía de su esposa.

—No lo retarde, ¿eh?

—¡No faltaba más! El retrato es precioso. Berger llegará mañana y ya ordenaré que se le envíe la ampliación.

—Muy agradecido.

De nuevo preludiaron un baile, y Alberto, feliz, invitó a bailar a la señora Olivares.

—Con mucho gusto baile con ella—dijo Rafael—. Pero ya el último baile. Es tarde y mañana tenemos que ir temprano a la estación.

—¡El último baile!

Mientras bailaban, dió él las gracias a Margarita por su intervención, que había conseguido al fin obtener tan excelente éxito.

—No me lo agradezca, porque mi marido le aprecia a usted tanto como yo.

—Nunca olvidaré lo que hicieron ustedes por mí.

—¿Por qué no trajo usted a su esposa, Alberto?

—Tenía compromiso esta noche... pero cuando vuelvan otra vez les invitaré a comer en mi casa y conocerán a mi señora.

—¡Encantada!

Después Alberto les acompañó al hotel, y regresó jovial y feliz a su casa, despachando el coche y queriendo ir a pie, para gozar del encanto de aquellas horas y de la alegría de la victoria...



\* \* \*

Julio había llegado a la casa de Paul y como conocía por determinadas averiguaciones la seña para entrar en ella, dió esta consigna y no opusieron inconveniente en que pasase.

—¿Sabe dónde está la sala de juego?

—Segundo piso, ¿Ruleta?

—Sí.

Pero a él más que el juego lo que le interesaba era saber dónde estaba Sally, qué había sido de esta pobre mujer que conceptuaba cagallada en brazos de aquel rufián de Paul.

Fué deambulando por las salas y corredores del piso, procurando no llamar la atención, pero vigilando y escuchando tras todas las puertas por si oía voces conocidas.

¡Ah, la suerte sin él saberlo le llevaba casi muy cerca de la habitación donde se encontraban Sally y Paul, éste último satisfecho y feliz después de haber conseguido con la ignominiosa voluntad de la fuerza sus deseos!... Sentada, llorando amargamente, estaba Sally, pensando que ya nunca más podría ser feliz...

—Canalla... canalla! —rugía furiosamente.

—Vaya, no te enfades, chiquilla, que me has gustado mucho y vales mucho como mujer... —aseguraba con salvaje brutalidad.

—¡Canalla!

—Siempre el mismo ilaco... Bien. Un canalla, pero un canalla que te quiere... Debes decirme ahora quién eres, dónde vives, cómo te llamas... Nada sé aún de ti.

—¡Olvideme para siempre!

—¡Tontucla! Todo lo contrario. Quiero saber de ti.

—¿Saber de mí? ¡Malvado! En todo caso habría de ser para mi venganza.

—Calla ya, loco.

Y arrojándose sobre ella le arrebató violentamente el monedero donde llevaba sus señas y unos billetes.

—Ya sabrás de mí, palomita. No crees que me olvide tan fácilmente. Aquí está tu dirección.

En tanto, Julio seguía deambulando por los salones, buscando nervioso la ocasión de poder ver a Sally.

¿No habrían ido allí? ¿Estarían en algún otro sitio? La idea de que se hallaba fuera le estremeció pareciéndole que Sally habría de correr entonces gravísimos peligros.

Los hombres que componían la banda enemiga de Paul, que habían jurado vengarse de ésta, se hallaban hacia rato ante la casa. Iban a asaltar el edificio y a tomar cumplida venganza de las continuas burlas de que se les hacía objeto.

John, el jefe, comprendió que era llegado el momento de obrar con sus amigos y llamó a la puerta.

Como ignoraban la contraseña, el portero no les permitió la entrada.

—Que no se puede ¿eh? Ahora lo verá usted.

Y lanzándose contra él le maniataron en un santiamén, y libre ya la puerta avanzaron revólver en mano hacia los pisos superiores.

Estaban tremantes de odio, dispuestos a todo, a matar y a morir.

Al llegar al segundo piso, unos amigos de Paul les plantaron cara haciendo además de disparar contra ellos sus pistolas, pero antes de que pudieran hacerlo, ya John y sus gentes habían disparado sus pistolas ametralladoras contra ellos, haciéndoles caer para siempre.

Las primeras detonaciones produjeron en las salas de juego un pánico espantoso.

Los "croupiers" ordenaron a todo el mundo que no se moviera de su sitio, pues en caso contrario iba a ser peor.

Julio al oír las primeras detonaciones escuchó tras una puerta.

Varios amigos de Paul acudieron al pasillo central entablando una sangrienta pelea contra las gentes de John, que mataban sin compasión alguna para el adversario.

A la habitación donde estaban Sally y Paul llegó el eco de los primeros disparos.

Ella se levantó horrorizada, pensando en qué nuevas complicaciones iba a verse envuelta.

—No te muevas—le dijo él sacando un revólver del bolsillo—. Debe ser la policía o John... De cualquiera de ellos voy a dar yo buena cuenta.

Y salió rápidamente, pero apenas hubo traspuesto los umbrales de la puerta, John, que estaba enfrente, disparó contra él.

Sintió Paul un terrible dolor en el pecho, pero tuvo aún fuerzas para disparar a su vez con tan buena puntería que atravesó el corazón de su contrario.

Luego retorciéndose, tambaleándose de una manera cruel, fué a caer junto a su adversario hasta morir tras unos rápidos y violentos movimientos.

Ninguno de los dos había vencido. Sólo la muerte había querido acallar sus feroces odios y para siempre los inutilizaba.

Julio pasó sobre ellos, rápido como una exhalación, y consiguió penetrar en la estancia, donde acobardada por el terror se hallaba la pobre Sally.

—¡Sally! ¡Sally!—dijo él estrechando sus manos—. Vengo a salvarla a usted.

—¡Demasiado tarde!... Y ese hombre... ese hombre... va a ser mi ruina... Tiene mi dirección... mis documentos... todos sabrán que estuve aquí...

—¿Cómo?

—Sí, quiere realizar algún chantaje... Estoy perdida.

—No se mueva de aquí. Voy a ver si rescato su bolso.

Y avanzó con toda clase de precauciones hacia el corredor donde vió a varios hombres desplomados. Junto a la puerta estaba el cadáver de Paul aun con el blanco bolso en la mano.

Se inclinó para recogerlo, pero en aquel mismo momento alguien disparó contra él y Julio sintió como el violento empujón de una piedra contra su pecho.

Acallando el inmenso dolor, consiguió apoderarse del monedero y fué a llevárselo a Sally.

—Y ahora salgamos por aquella puerta. Es preciso huir de aquí.

—Gracias, Julio, gracias... Pero ¿está usted herido? ¿Qué tiene usted?

—Nada... nada... Vamos, venga conmigo...

Salieron por una puerta lateral y por un vericuetto de corredores consiguieron llegar a la puerta de salida.

Ya estaban en la calle, ya por fin libres de aquella pesadilla trágica y brutal que habían vivido.

Julio disimuló su estado y a pesar de que se sentía morir, no quiso mostrar a Sally el dolor de su vencimiento.

—Pero ¿qué le ocurre a usted? ¿No puede andar?

—Sí... sí... ¿No se preocupe!... Ahora llamaremos un coche... Es preciso que regrese a casa.

—¿Cuando Alberto sepa lo ocurrido!

—No se lo cuente nunca. Usted no tuvo la culpa. Que lo ignore, que nunca adivine la verdad.

Hicieron detener un coche. Ella le invitó a subir también.

—Acompáñeme usted...

—No. Ahora ya está usted segura. No me necesita—contestó Julio que anhelaba estar solo, temeroso de que de un momento a otro le sorprendiera la muerte.

¡Se sentía tan mal!

—Váyase usted... Ya nos veremos mañana, Sally...

—¿Mañana?

—Quizás.

—Adiós, Julio... y un millón de gracias por todo.

Hubiera tenido que salvarla antes... No me fué posible. Pero me ha sido muy agradable haber podido hacer algo en honor del sentimiento más noble que existe: el de la amistad.

—No olvidaremos la de usted.

—Ni yo la suya.

Ella subió al coche y apenas desaparecido sintió Julio que súbitamente desfallecían todas sus energías, toda su fortaleza.

Retiró su mano del pecho, ensangrentada... Sin duda se estaba muriendo... sin duda iba a acabar...

Ya sus piernas se negaban a sostenerle y tenía la flacidez de los borrachos...

De pronto unos policías avanzaron hacia él y al verle dar tan terribles traspies le sostuvieron.

—Borracho ¿eh? ¿No le da a usted vergüenza presentarse de esta manera?

—A veces...

—Pero ¿qué es eso? ¿Sangre?

Notaron con espanto que la camisa estaba empapada de rojo.

¿Quién había herido a aquel hombre?

—¿Qué le sucede a usted? ¿Herido? ¿Alguna riña?

Julio con voz casi imperceptible murmuró:

—No... No es nada... Quise salvar a mis amigos... y pagué.

—¿Qué está usted diciendo?

—Que pagué... y quien paga, pierde.

Había cado ya en brazos de los dos policías. En vano intentaron incorporarle. Nada ya que hacer... Se escurrió de ellos y cayó al suelo muerto...

Rápidamente en su rostro se hizo como una gran paz... Parecía que el sacrificio de su vida había dado una noble dignidad a sus facciones.

—¡Pobre borracho! Llévesele a la ambulancia, aunque ya todo es inútil.

Cuando llegaron allí, se enteraron de los sucesos ocurridos en el Casino que regentaba Paul, y ya no les cupo duda de que el muerto debía proceder de aquella casa. ¡Bah! ¡Un juerguista más! Un infeliz que había pagado con su vida sus alegres y artificiosas horas de jugador.

Y allá quedó, sobre la mesa blanca, el cadáver del hombre desgraciado en el amor y a quien la muerte venía a darle la suprema libertad.



\*\*\*

Llegó Sally tímidamente a su casa con el espanto y el temblor que le producían todos los hechos de aquella noche que parecía no tener fin.

¿Qué iba a ocurrir? ¿Qué iba a decir a su esposo cuando se enterase de la verdad? Pero ¡ah! ella no admitía que pudiesen dominarla ni pedirle explicaciones... Era ella quien debía pedirles, ella, quien tenía derecho a exigir, enérgica y plenamente, que su marido le confesase su infidelidad.

Tenía Sally un llavín de la casa y abrió furtivamente la puerta, avanzando de puntillas, como una delincuente...

Entró en su habitación y tuvo que ahogar un grito de sorpresa y temor al ver allí a su marido.

Muy suavemente, con la tranquilidad del hombre que tiene la conciencia pura y nada de que acusarse, él la saludó:

—Buenas noches, Sally, pero ¿de dónde vienes a estas horas?

No contestó y se sentó meditabunda y preocupada en el lecho.

—¿Me quieres decir? Te encuentro pálida, desencajada... ¿Tu viste algún disgusto con tu madre?

—No.

—¿Pues entonces?

—No estuve con mi madre.

—¿Dónde fuiste?

Los ojos de ella le envolvieron acusadores buscando en los de Alberto algo que le hiciese comprender la verdad.

—No lo adivinarías.

—En ningún sitio malo seguramente... Tengo plena confianza en ti.

—Pues en el Royal.

—¿En el Royal? ¿Fuiste sola?

—Sí.

—No te vi... Yo estaba en el restaurante.

—Por eso estuve...

—¿Por qué no me buscaste?

—Te vi bailando y no quise estorbar tu flirt.

—Sally!

—No quise representar el triste papel de la esposa burlada.

El se incorporó y la miró con una severidad profunda y al propio tiempo con verdadero amargor.

—No comprendo lo que dices... Tú no estás en tu juicio, Sally... ¿Que yo te he sido infiel... yo que sólo vivo por ti y por tu placer?

—En una fotografía que te olvidaste aquí misma.

Al principio él no cayó en la cuenta. Estaba tan sorprendido, tan asombrado por las palabras insólitas de su mujer, que su actitud era de anonadamiento, de verdadero estupor.

—No sé a qué te refieres. De verdad.

—¿Qué mala memoria la tuya! Una fotografía de una muy bella mujer con dulces dedicatorias: Al más bueno de los hombres la más feliz de las mujeres... ¿Recuerdas ahora bien?

Lanzó Alberto una sonora carcajada que a ella le hizo daño haciéndole el efecto de una burla insensata.

—¿Te mefas aún?

—Pues claro está. ¡Qué tontería, Señor, qué tontería! ¿Y para sorprenderme has pasado un mal rato en el Royal y te has expuesto a las contingencias que toda mujer joven y sola puede sufrir en un lugar semejante? ¡Qué imprudentes sois las mujeres!

—¿Es que vas a negarlo?

—Pues claro, criatura...

—¿Farsante!

Fue él en busca de su cartera.

—Aquí está el retrato. ¿No sabes quién es esta mujer?

—Creo reconocerla: la que bailaba contigo.

—Justo, pero también es la esposa de don Rafael Olivares.

nuestro magnífico negociante, el gran hombre que ha firmado al fin el contrato que sacará del atolladero a nuestra casa.

—No me engañen.

—Te digo la pura verdad. ¿Quieres una prueba? ¿Sabes de qué se trata? Pues el señor Olivares me mandó una carta con el retrato de su mujer para que me llegara a casa de Berger a hacer una ampliación. Eso es todo y nada hay entre tal señora y yo, sino una simple amistad que no debe alarmarte en lo más mínimo.

—No lo creo.

—Lee... No crees si no ves.

Y le dió a leer esta carta:

*Querido amigo: Le adjunto este retrato de mi mujer. Tenga la bondad de dárselo a Berger, de quien usted es buen amigo, para que haga una ampliación. Que sea una obra artística y seria. Es el regalo que pienso hacer a mi esposa con motivo de su cumpleaños.*

*Le abraza,*

*Rafael Olivares.*

—Y ahora ¿crees?

Las lágrimas bañaban el rostro de la esposa... ¡Creía, creía de verdad!... Aquella carta era la reparación, era la vindicación perfecta de Alberto. Aquel hombre se había portado como el mejor de los caballeros.

¡Ah, y ella atrinida por unos celos absurdos sin un verdadero fundamento, dominada por una red de falsas perspectivas, había cometido hechos irreparables, había sido víctima aquella noche de su propio y doloroso error!

Aún sentía en su ser la indignación furiosa contra el aventurero que había conseguido hacerla suya, en la noche dolorosa del pecado a la fuerza.

Aquél había muerto, y el monedero estaba ya en poder de ella, sin que gracias a Julio nadie tuviera pruebas de su permanencia en aquel mal lugar.

A punto estuvo de confesar toda la verdad, sinceramente, anhelando librar su corazón de aquel terrible secreto... Pero vió junto a ella a Alberto, incapaz de poder creer nada semejante, que le murmuraba con verdadera alegría:

—¿Me crees ahora? ¿De veras no volverás a dudar de mí?

¿Iba a producirle aquel inmenso dolor de saberla víctima de

otro hombre? ¿Iba a poner para siempre la terrible huella de aquella noche fatal?

No. Se decidió con un esfuerzo magnífico a enterrar toda la vida dentro de su alma, todo su secreto. Nadie sabría nunca de aquel acto criminal y miserable... Su alma se había mantenido pura al marido, y su cuerpo sólo había podido ceder al imperio de la fuerza.

No lo sabría, no pondría negruras de infelicidad y de duda cruel donde la luz tejía sus filigranas.

Y ocultando definitivamente en su corazón el terrible secreto, lo contestó mientras le daba un beso con que pretendía borrar las huellas de los besos infames:

—¿Te quiero, Alberto!... Jamás volveré a dudar de ti... Y tú no dudes de mí nunca.

—¿Dudar? Sería como dudar de que vivimos...

Y la reconciliación tuvo la magnificencia de una verdadera noche de amor...

## FIN

### Números publicados:

REINA EL AMOR, por Claudette Colbert y Frederick March, etc.  
EL PODER Y LA GLORIA, por Colleen Moore y Spencer Tracy.  
LA VIDA EMPIEZA, por Loretta Young, Tommy Brown, etc.  
SU ÚLTIMA PELEA, por Douglas Fairbanks, Jr. Loretta Young, etc.  
JUSTICIA DIVINA, por Charles Laughton, Maureen O'Sullivan, etc.  
TIERRA DE PASIÓN, por Clark Gable, Jean Harlow, etc.  
CONGO, por Lupe Vélez, Conrad Nagel, etc.  
NOCHE TRAS NOCHE, por George Raft, C. Cummings, etc.  
ENTRE LA ESPADA Y LA PARED, por Tallulah Bankhead, Gary Cooper, Charles Laughton, etc.  
EL ÁGUILA Y EL HALCÓN, por FREDRIC MARCH, etc.  
ESCÁNDALO EN BUDAPEST, por Frensziska Gaal y Paul Hörbiger.  
PIENTA Y MÁS PIMIENTA, por Lupe Vélez, Edmund Lowe, etc.  
YO SOY SUSANA, por Lilian Harvey y Gene Raymond, etc.  
EL ASESINO DIABÓLICO, por Lionel Atwill, C. Ruggles, etc.  
EL DIABLO SE DIVIERTE, por Loretta Young y Victor Jory, etc.



Sea usted lector y recomiende las selectas e inimitables Ediciones Especiales BISTAGNE

**Ultimos éxitos publicados:**

**2 MUJERES Y 1 DON JUAN**

Consuelo Cuevas, Mapy Cortés, Joaquín Bergie, etc.

**ALMA DE BAILARINA**

por Oreta Garbo y Clark Gable.

**YO HE SIDO ESPÍA**

por Madelaine Carroll, Herbert Marshall, etc.

**NO SEAS CELOSA**

por Carmen Boni, André Roanne, etc.

**DESFILE DE CANDILEJAS**

por James Cagney, Joan Blondell, Ruby Keeler, etc.

**AVES SIN RUMBO**

por Irusta, Fugazot y Demare, etc.

**SIMONA ES ASÍ**

por Meg Lemonnier y Henry Oarat, etc.

**PESCADA EN LA CALLE**

por Sylvia Sidney, George Raff, etc.

**UNA NOCHE EN EL CAIRO**

por Ramón Navarro, Myrna Loy, etc.

**ROSA DE MEDIANOCHE**

por Loreita Young, Ricardo Cortez, Franchot Tone, etc.

Ediciones BISTAGNE publica siempre lo mejor entre lo mejor

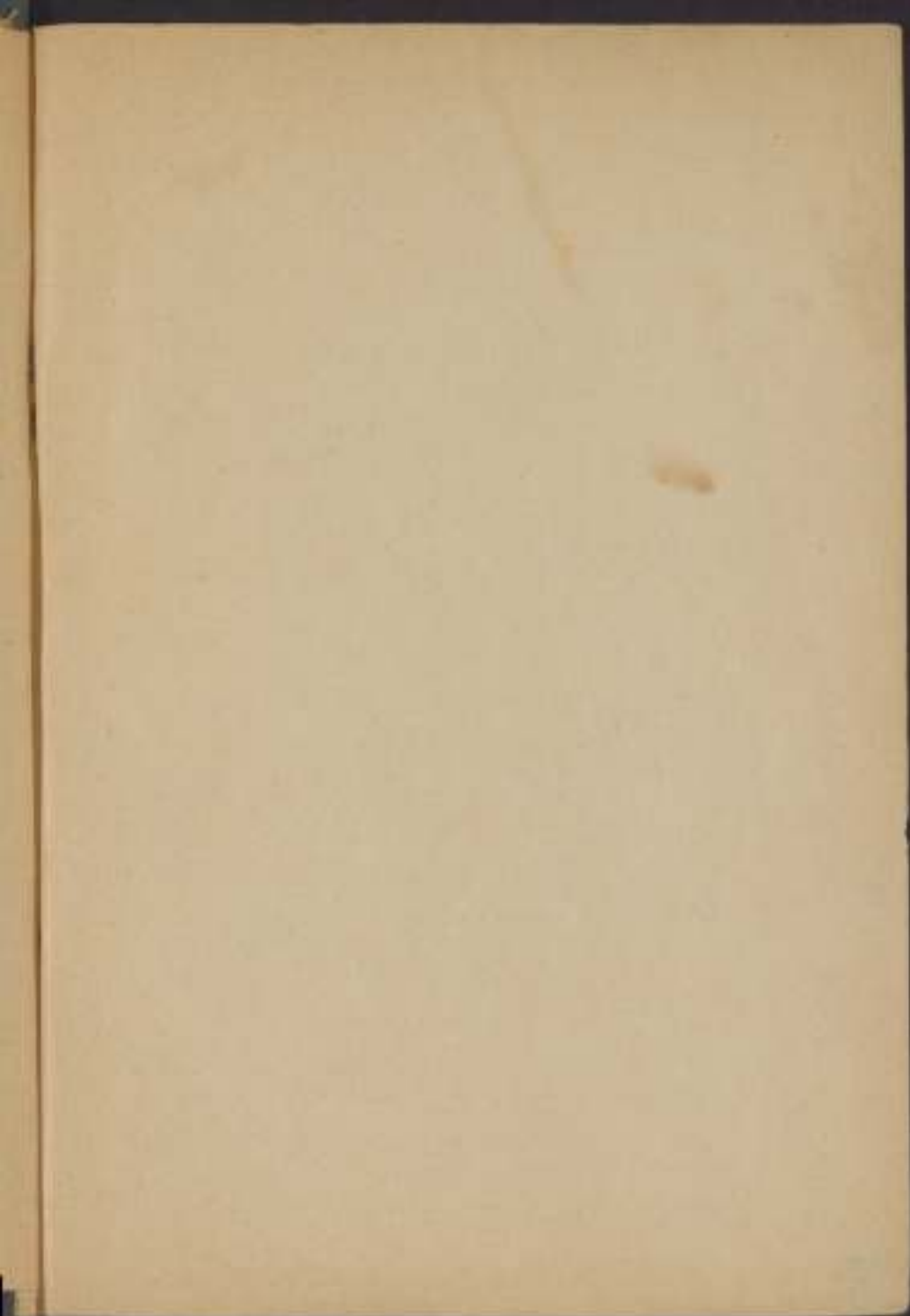
***¡No se deje sorprender!***

**Elija siempre**

**Ediciones Bistagne**  
Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

Remitimos catálogos ilustrados, gratis y sin compromiso, a quien nos los solicite.





E. B.

Precio: 50 céntimos